

LA PSICOLOGÍA TOMISTA: ENTRE LUCES Y SOMBRAS

Cuando en agosto de 1879 Su Santidad León XIII publicó la encíclica *Aeterni Patris* sobre la restauración de la filosofía cristiana conforme a la doctrina de Santo Tomás de Aquino, y le daba un nuevo impulso al tomismo, la psicología aún no tenía la importancia que años después adquiriría. Fue recién en el siglo XX cuando tuvo una rápida promoción, poco antes impensada, pero que lamentablemente en la mayoría de los casos, no siguió la trayectoria del pensamiento tomista, pedido por el magisterio de la Iglesia en *Aeternis Patris*, en el estudio del alma del hombre, sino que se desvió – con una gran diversidad de corrientes y escuelas – hacia posiciones con fundamento en la filosofía moderna, especialmente siguiendo a Kant, y con un claro proyecto de un cambio en la moral y las conductas del hombre.

Afirma Robert Brennan, en su *Historia de la Psicología según la visión tomista*: “Es innegable la influencia de Kant en el desarrollo de la psicología moderna. Sus principios son como la fuente de donde fluyen las aguas de las modernas tendencias idealistas, agnósticas y materialistas de la ciencia psicológica (...) En cierto sentido, Kant es el genuino representante del hombre moderno, con su ignorancia de la tradición, su repudio de la autoridad, su énfasis en los valores individuales¹.”

Siendo el tema del fin último que consideraremos como uno de los más importantes en la psicología tomista, no debemos olvidar que para Kant el hombre es “su propio fin último”²; y para S. Freud, lo más importante es la pulsión de muerte porque “la meta de toda vida es la muerte” y esta es “un aniquilamiento, un retorno a lo inanimado inorgánico”³.

Porque no podemos negar que, detrás de dichas corrientes de la psicología contemporánea subyacen filosofías y concepciones del hombre más o menos explicitadas, pero siempre presentes. Sobre esto asevera Echavarría “... más allá de las, a veces notables, diferencias metodológicas, técnicas y prácticas, que existe entre las distintas corrientes, escuelas y autores, la diferencia fundamental entre los mismos es de orden filosófico, e incluso teológico. Por otro lado, este nivel filosófico-teológico del discurso de los autores expuestos impregna todos los aspectos de su discurso psicológico, desde la teoría hasta la práctica, hasta el punto de que en muchos casos las distintas formas de praxis psicológica no son meras

¹ Brennan, R, *Historia de la Psicología según la visión tomista*, Morata, Madrid 1957, 109

² Kant, I, *Antropología en sentido pragmático*, alianza, Madrid, 2004, 17

³ Cfr. Freud, S, *Más allá del principio del placer*

aplicaciones técnicas de los conocimientos adquiridos por la psicología académica, sino formas modernas o posmodernas de filosofía aplicada⁴.”

Por eso se puede hablar de una psicología fundamentada en la antropología, la gnoseología y la metafísica tomistas, y que éstas iluminan los temas más importantes de la psicología como son: el fin último: la felicidad, el pecado y la gracia, la unidad y totalidad: la persona, las potencias del alma, los sentidos internos, la ley natural, la afectividad, la personalidad: teoría del hábito, las virtudes y los vicios capitales, las patologías.

Si bien ya avanzando el siglo XX hubo algunos autores importantes, con base en el pensamiento tomista, donde podemos nombrar al Cardenal Mercier (1851 – 1926) y la escuela de Lovaina, en psicología experimental a Fr. Manuel Barbado O.P. (1884-1945), Fr. Robert Brennan O.P. (1897-1975), Magda Arnold (1903 – 2002) en el campo de las emociones, siendo el más relevante el psiquiatra vienés Rudolf Allers (1883-1963); sin embargo, y lamentablemente, el psicoanálisis y sus diversas derivaciones y desarrollos post freudianos empezaron a imponerse en las universidades y ámbitos culturales; invadiendo cada vez más los espacios académicos, laborales y hasta populares, incluso los ambientes católicos, convirtiéndose en “la psicología” y la “reina de las ciencias” (al decir de Nietzsche), casi la única que se consideraba científica y que debía ser estudiada y aplicada. Esto, desgraciadamente, ha llegado hasta nuestros días.

Porque a pesar del prestigio y la autoridad de los estudiosos de psicología con fundamento tomista que hemos visto más arriba, los autores que se han dedicado a la psicología siguiendo el pensamiento del Aquinate han sido silenciados y sus enseñanzas son ignoradas y hasta rechazadas explícitamente en las universidades, incluso pontificias.

Frente a tantas desviaciones en las corrientes de psicología y sus aplicaciones, ya a mediados del siglo XX Su Santidad Pío XII, con un fundamento en el pensamiento de Santo Tomás, iluminó varios puntos y marcó una dirección a la psicología, la psiquiatría y la psicoterapia, en diversos Congresos, indicando: “la actitud fundamental que se impone al psicólogo y al psicoterapeuta cristiano. Esta actitud fundamental se sintetiza en la siguiente fórmula: la psicoterapia y la psicología clínica deben considerar siempre al hombre: 1) como

⁴ Echavarría, M., *Corrientes de Psicología contemporánea*, Scire Universitaria, Barcelona 2010, 14

unidad y totalidad psíquica; 2) como unidad estructurada en sí misma; 3) como unidad social; 4) como unidad trascendente, es decir, con tendencia hacia Dios⁵.”

Pío XII les está diciendo a estos profesionales de la salud, que el fin último y la tendencia a Dios es lo más importante, porque responde a un dinamismo radicado en las profundidades del psiquismo que empuja al hombre hacia el infinito. Y aquí denuncia las corrientes *naturalistas* que no consideran al hombre en su totalidad y lo deterioran más que sanarlo.

Entonces, afirma: “No olvidéis, por lo tanto, que la perfección, el equilibrio y la armonía del espíritu humano se realiza aquí abajo en la tendencia hacia Dios y en su posesión allá arriba. Es este un principio que en teoría os da la cumplida explicación de la naturaleza humana, y en la práctica os separa de aquellos métodos de cura que, aunque aparentemente favorables, dañan, sin embargo, a la parte mejor del hombre⁶.”

“El bien es lo que tiene razón de fin”⁷ dice Santo Tomás, y mueve atrayendo, por eso cuando no se tiene en cuenta el fin del hombre, la búsqueda de la felicidad (Cfr. S. Th. I-II q 1 a 5), la personalidad se escinde. Pío XII tiene que llamar la atención a los psicólogos, psiquiatras y psicoterapeutas, sobre la importancia de buscar la unidad que se logra direccionando la personalidad hacia el fin último, en su relación con Dios.

Santo Tomás en la segunda parte de la Suma de Teología, donde estudiará al hombre, comienza por el tema del *fin último*. Tratará del hombre hecho a imagen de Dios, o sea, “el hombre en cuanto es principio de sus obras por estar dotado de libre albedrío y dominio sobre sus actos⁸”. Nos dice el Aquinate: “Lo primero que aquí se presenta a nuestra consideración es el último fin del hombre, y después, los medios por los cuales puede el hombre llegar a este fin o apartarse de él. Porque del fin se derivan las reglas acerca de los medios que al fin se ordenan⁹”. “Mas el fin es el principio de las operaciones del hombre, como dice Aristóteles. Luego el hombre debe obrar todas las cosas por un fin¹⁰”. Y más adelante añade: “Aquello en que uno descansa como en su último fin, domina el afecto del hombre, porque de ello toma las reglas para toda su vida¹¹”. O sea, toda la personalidad se organiza de acuerdo con el fin.

⁵ S.S Pío XII, *Discurso a un Congreso de enfermeras sobre su misión en el campo de la Psiquiatría*, 1º de octubre de 1953, n° 7

⁶ Ibidem

⁷ S. Th. I-II, q 1 a 4 sc

⁸ S. Th. I-II prólogo

⁹ S. Th. I-II, q 1 prólogo

¹⁰ S. Th. I-II, q 1 a 1 sc

¹¹ S. Th. I-II, q 1 a 5 sc

Y S. S. Pío XII prosigue, aclarando conceptos: “El hombre es totalmente obra del Creador. Aunque la psicología no lo tenga en cuenta en sus investigaciones, en sus experiencias y sus aplicaciones clínicas, trabaja siempre sobre la obra del Creador; (...) Cuando se considera al hombre como obra de Dios, se descubren en él dos características importantes para el desarrollo y el valor de la *personalidad cristiana*: su semejanza con Dios, y su filiación divina en Cristo, manifestada por la Revelación. En efecto, la personalidad cristiana resulta incomprensible si se olvidan estos datos, y la psicología, sobre todo la aplicada, se expone también a incomprensiones y a errores si se los ignora. Porque se trata claramente de hechos reales y no imaginarios o supuestos¹².”

En esta consideración de la finalidad, que es esencial, hay que tener en cuenta que: “El hombre tiene la posibilidad y la obligación de perfeccionar su naturaleza no como él la entienda, sino según el plan divino. Para perfeccionar la imagen de Dios en su personalidad, no debe seguir sus instintos, sino las normas objetivas...¹³” Así como el hombre, en su vida, toma posición como creatura frente al Creador, también lo hace frente a las normas morales: las acepta o rechaza.

Para comprender la personalidad, se debe tener en cuenta el aspecto escatológico, su querer el bien o el mal en esta vida, a la que en algún momento le llegará la muerte y quedará fijada en esas disposiciones que había adquirido. Por eso S. S. Pío XII les advierte a los psicólogos que “el elemento decisivo en la estructura de la personalidad es precisamente la actitud que adopta, con relación a Dios, su misma naturaleza. Si está orientada hacia Él, en esta orientación permanecerá; si, por el contrario, se ha apartado de Él, mantendrá la disposición que voluntariamente se impuso. Para la psicología, este último episodio del devenir psíquico puede no revestir más que un interés secundario. Sin embargo, como se ocupa de estructuras psíquicas y de actos que de ella proceden y que contribuyen a la elaboración final de la personalidad, el destino de esta no debería serle indiferente¹⁴.”

Santo Tomás, siguiendo a San Agustín dice que “todos los hombres coinciden en apetecer el fin último, que es la bienaventuranza¹⁵”. Sin embargo, el fin puede considerarse de dos modos: 1) bajo el concepto de fin último: y en este sentido todos concuerdan en desear el

¹² S.S. Pío XII, *Discurso a los participantes en el XIII Congreso Internacional de Psicología Aplicada*, 10 de abril de 1958, n° 4

¹³ Ibidem

¹⁴ Ibidem

¹⁵ S. Th. I-II, q 1 a 7 sc

fin, porque todos apetecen su perfección; y 2) en aquella realidad en que se encuentra el fin: y en esto no todos los hombres están de acuerdo (unos desean riquezas, otros placeres u otras cosas). Y así el psicólogo podrá ver las distintas personalidades según los diversos modos de vida que se explican según “los diversos objetos en que buscan el sumo bien¹⁶”. Y luego aclara que los que pecan se apartan de Aquel en que está verdaderamente el fin último, de Dios, pero no se apartan de la intención misma del fin último, de la felicidad que siguen buscando en otras cosas, equivocadamente. Por eso el pecado, como muy bien explica S. S. Pío XII, rompe la unidad del hombre trascendente que tiende a Dios. Y esto lo debe tener en consideración el psicólogo y especialmente el psicoterapeuta.

Por último, S. S. Pío XII recuerda a los psicólogos que el centro de la personalidad continúa siempre siendo un misterio. Por eso debe respetar la individualidad de cada paciente y “reconocer con modestia los límites de sus posibilidades¹⁷”, aunque debe “esforzarse por *percibir en todo hombre el plan divino y ayudar a desarrollarlo*¹⁸.”

Estas consideraciones que iluminan la psicología en su aspecto teórico, pero también práctico, fueron explicitadas por el psiquiatra tomista Rudolf Allers quien –con una gran experiencia en el campo profesional– confirma la importancia de la actitud o posición del hombre como creatura frente al Creador: “aquel hombre, que responde constantemente con un decidido “sí” a su puesto de creatura en general y de creatura con una específica y concreta constitución. O, dicho con otras palabras: *al margen de la neurosis no queda más que el santo*” y “*la salud anímica en sentido estricto no puede alentar más que sobre el terreno de una vida santa*, o por lo menos de una vida que tiende a la santidad¹⁹”. Y más adelante agrega: “A esta conclusión nos lleva también otro camino, es decir, el de la observación de los hechos. Yo no he visto aún ni un solo caso de neurosis que no haya *revelado como último problema y conflicto radical una pregunta metafísica sin resolver* – si se prefiere llamarla así – : la cuestión del puesto del hombre, igual si se trataba de un individuo religioso o no religioso, católico o no católico”²⁰.

Y por otro lado afirma que la neurosis, como enfermedad del alma (Allers era médico y las distingue de las enfermedades del cuerpo) “es un resultado inmediato de la situación

¹⁶ S. Th. I-II, q 1 a 7 ad 2

¹⁷ S.S. Pío XII, *Discurso a los participantes en el XIII Congreso Internacional de Psicología Aplicada*, 10 de abril de 1958, n°5

¹⁸ Ibidem

¹⁹ Allers, R., *Naturaleza y educación del carácter*, labor, Barcelona, 1950, 310-311

²⁰ Ibidem, 311

puramente humana, tal como está constituida en la naturaleza caída. Puede igualmente decirse que, orientada hacia lo morboso y pervertido, *es consecuencia de la rebelión de la creatura contra su finitud e impotencia naturales*²¹. Y concluye: “Queda así, junto a la angustia, *la rebelión*, como segunda característica esencial de la neurosis²²”. Por eso, como afirmaba S. S. Pío XII, es un elemento decisivo en la personalidad la relación con Dios y la posición que se toma frente a Él; es un tema muy importante no sólo en el estudio sino también en la práctica de la psicología.

Rudolf Allers no duda en afirmar la necesidad de la gracia para curar el “conflicto radical del que sufre el neurótico²³” que es, en realidad, “su incapacidad para admitir el puesto que dentro del ser le corresponde, sobre todo como creatura²⁴”. Por eso dice que el psicólogo (que lo llama “médico de almas”) “nunca puede olvidar que, así como él constituye para el neurótico preso en su aislamiento el primer puente por donde retornar a la comunidad humana, así también ha de ser el eslabón de enlace para la comunidad sobrenatural. Su mayor gloria y preferente tarea, en esos casos, estriba en ser el que prepara el camino a la gracia²⁵”.

Expresa Allers que, frente a la neurosis como problema en el que subyace una actitud religiosa, si bien el psicólogo debe ser instrumento de la gracia, la dirección recae, en primer término, sobre el sacerdote, ya que el psicólogo tiene sus límites y debe reconocerlos. Y concluye el libro diciendo que “no sólo no existe contradicción alguna entre las concepciones de la reciente investigación positiva sobre la ciencia del alma y del carácter y las verdades de la fe, o las normas educativas que de éstas se desprenden, sino que más bien convergen, por decirlo así, sobre los ideales de la filosofía cristiana y de la filosofía de la Iglesia²⁶”.

Muchas universidades, sobre todo católicas, que intentan dar una formación más amplia a sus alumnos de psicología, si algo enseñan de la filosofía y la teología tomistas, lo hacen explícitamente escindidas del estudio de la psicología. Es más, se rechaza abiertamente la posibilidad del estudio de la psicología tomista y de la subordinación de la psicología a la teología. El alumno aprende que en la psicoterapia no se puede tratar el tema de la relación del paciente con Dios, ni de los medios para alcanzar el fin último (como por ejemplo los sacramentos). Es más, en algunos países incluso está prohibido hablar de Dios, en la consulta

²¹ Ibidem, 306

²² Ibidem, 307

²³ Ibidem, 337

²⁴ Ibidem

²⁵ Ibidem, 336

²⁶ Ibidem, 342

con un psicólogo o psicoterapeuta, por la legislación que controla el quehacer profesional del psicólogo; no se pueden conectar los problemas personales del paciente, con sus actitudes frente a Dios, aunque esto sea evidente. Entonces, la filosofía tomista y la teología intrínsecamente ligadas a lo más profundo del vivir y obrar humanos, son excluidas cuando se trata del estudio y la praxis de la psicología. Todo esto ha traído consecuencias importantes en la formación, y graves desviaciones en los profesionales.

Gracias a Dios, ya entrando en el siglo XXI se ve un renacer y florecimiento de la psicología fundamentada en el pensamiento de Santo Tomás de Aquino –que no es una corriente más, sino la verdad sobre el hombre –, con muy buenos tomistas que iluminan la psicología y su quehacer específico (como el Pbro. Andereggen, Martín Echavarría y otros), respondiendo a varias generaciones de psicólogos que se encuentran ávidos de la verdad. Porque en la práctica, cuando se enfrentan a las angustias del hombre sufriente, ven sus carencias y su incapacidad para resolver la auténtica problemática; y muchas veces, con más experiencia en la profesión, captan la importancia de la gracia sanadora en la vida concreta de los pacientes. Sin lugar a duda, el gran problema del hombre contemporáneo es el alejamiento de Dios y las consecuencias psicológicas que esto conlleva: la falta de despliegue personal, la inmadurez para la vida virtuosa, el egocentrismo, la sensualidad, la violencia en las relaciones personales, familiares y sociales, los vicios, las conductas contra-natura, etc. Todo esto va configurando una personalidad con trastornos cada vez más graves.

Haciéndonos eco de las palabras de S. S. Pío XII cuando advertía sobre el naturalismo en la psicología, podemos verificar que ya existen muchas asociaciones de psicólogos que dicen tener a Santo Tomás en sus fundamentos pero que, en la práctica, siguen algunos principios y los métodos de otras corrientes o escuelas (fundadas en el pensamiento moderno). Pero lo realmente grave es que niegan expresamente o se abstienen de afirmar la necesidad de la gracia para lograr la salud mental (contrariamente a lo que enseñaba el tomista R. Allers). La relación del paciente con Dios, su posición de creatura frente al Creador, su dirección al fin último, sus rebeldías más profundas, los medios para lograr la verdadera felicidad, no son considerados en la terapia. Algunos de estos psicólogos (que algunos ya han formado corrientes o escuelas) se centran en lo sensible, en la cogitativa, en los desórdenes afectivos, y otros hasta consideran las virtudes, pero sólo con la fuerza de la naturaleza (lo cual es imposible).

Santo Tomás ilumina este problema y lo resuelve, primero: citando a San Agustín cuando dice: *“Sin la gracia ningún bien en absoluto hacen los hombres, ni al pensar, ni al*

*querer y amar, ni al obrar*²⁷.” Y luego afirmando que el hombre: “en el estado de naturaleza caída es deficiente también en lo que puede según su naturaleza, y por eso no puede con sus solas fue

zas naturales realizar todo el bien que le corresponde. (...) aunque en este estado de degradación, puede el hombre con sus propias fuerzas naturales realizar algún bien particular, como edificar casas, plantar viñas y otras cosas así; pero no puede llevar a cabo todo el bien que le es connatural sin incurrir en alguna deficiencia. Es como un *enfermo*, que puede ejecutar por sí mismo algunos movimientos, pero no logra la perfecta soltura del hombre sano mientras no sea curado con la ayuda de la medicina²⁸.”

Las enseñanzas de Santo Tomás son riquísimas y abarcan todos los temas que debe comprender el psicólogo para su formación personal y profesional. Pero, además, en esto es clarísimo: todo hombre busca la felicidad y en esa búsqueda configura su personalidad, pero sin la ayuda de la gracia es como un enfermo, algo puede hacer, pero no puede moverse en dirección al fin último, que es la felicidad ansiada. Por eso queda siempre insatisfecho y su vida frustrada. Esto es lo que los psicólogos tomistas deben tener siempre presente y manifestarlo expresamente.

²⁷ S. Th. I-II q 109 a 2 sc

²⁸ S. Th. I-II q 109 a 2 corpus. La cursiva es mía.

RESUMEN

LA PSICOLOGÍA TOMISTA: ENTRE LUCES Y SOMBRAS

Después de *Aeterni Patris* de S. S. León XIII que dio un nuevo impulso al estudio del pensamiento de Santo Tomás de Aquino, y ya en el siglo XX, la psicología tuvo un amplio despliegue y hubo quienes se dedicaron a esta ciencia con un fundamento tomista: el más relevante es el psiquiatra vienés Rudolf Allers. Sin embargo, el psicoanálisis (con fundamentación kantiana y materialista) se impuso en todos los ámbitos culturales y académicos, incluso los católicos, rechazando la riqueza del pensamiento del Aquinate. A mediados de siglo, y viendo el peligro que ésta constituía, intervino S.S. Pío XII con claras directrices para una sana psicología que debe tener en cuenta la relación del hombre con Dios y su tendencia hacia Él. El siglo XXI ve un renacer de la psicología tomista, pero en algunos psicólogos aparecen oscurecidos temas tan centrales como el fin último y la gracia.

Zelmira SELIGMANN

CURRICULUM VITAE

Licenciada en Psicología, Profesora de Psicología y Pedagogía, por la Pontificia Universidad Católica “*Santa María de los Buenos Aires*”. Licenciada en Filosofía y Doctora en Filosofía por la Universidad Pontificia “*Regina Apostolorum*” de Roma. Ejerció la docencia en la Universidad Católica Argentina “*Santa María de los Buenos Aires*” y la *Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino*. Profesora titular de las cátedras de Psicología General, Psicología del Desarrollo I y Filosofía General II en la *Universidad Católica de La Plata*. Publicaciones: *La ley y la Psicología moderna*, EDUCA Buenos Aires 2012; *La Psicología ante la Gracia*, en colaboración, EDUCA, 1996; *Bases para una psicología cristiana*, en colaboración, EDUCA, 2005; y múltiples artículos.

e-mail: zelmiraseligmann@gmail.com